

llegaron á algunos países donde todavía no se conocia el nombre de Jesucristo. Al tiempo que visitaba á sus primeros discípulos ó prosélitos, además de las fatigas ordinarias del Apostolado, exhortaba á los fieles Gentiles á que diesen abundantes limosnas para los hermanos necesitados de Jerusalem, á quienes se proponia llevarlas muy pronto. Habiale recomendado con eficacia el Concilio Apostólico esta obra de misericordia, que cada dia era mas necesaria; pues la obstinada Jerusalem se mostraba mas cruel al paso que iba acercándose al término de su castigo.

Mas mientras daba á conocer San Pablo el nombre de Jesucristo, quiso el infierno oponer un rival, no solo al Apóstol, sino tambien á su adorable Maestro.

83. Salió súbitamente de Tiana, en Capadocia, un hombre extraordinario llamado Apolonio (1), el mas ilustre apoyo de la filosofía profana y del paganismo, y el mas á propósito para hacerle plausible. Nació de padres nobles y ricos, y la naturaleza le dotó de un talento superior y de una memoria incomparable. Estaba instruido en todas las ciencias y en todas las artes de la Grecia, y unia á las cualidades del espíritu una presencia magestuosa y casi mas que humana, y una hermosura y gravedad de semblante que arrebatava y llevaba tras sí á los pueblos. Fiel discípulo de las máximas severas de Pitágoras se abstenia de carne y de vino, y solo comia legumbres: dejábase crecer el cabello y la barba, an-

(1) *Philostr. lib. 1. y sig.* Sobre Apolonio y su historiador Filóstrato véase la nota al núm. 45 del libro segundo de esta Historia.

daba con los pies descalzos, y solo se vestia de lino. Llegó su desinterés aparente hasta el extremo de despojarse de cuasi todos sus vestidos, haciendo al mismo tiempo profesion de continencia; pero como la mayor parte de los héroes de la filosofía se precipitaba en las mas vergonzosas debilidades, su reputacion no fue intacta respecto de aquellas virtudes angélicas, á las cuales no podia llegar la carne corrompida por otro medio, que por el de la gracia de Jesucristo. Estudió en las escuelas ó libros de Grecia, y especialmente en Tarso; y viajó por largos y penosos caminos solo para oír á los Magos de Persia, á los Bracmanes de la India, y á los Gimnosofistas de Etiopia. Unia á toda esta imaginada ciencia una passion estremada por el culto popular de los ídolos; pero su juicio naturalmente recto y penetrante le hizo observar que el lenguaje enfático y algarabía misteriosa de los filósofos ó sofistas, lejos de adquirirles estimacion y crédito, solo servia por lo comun para hacerlos despreciables y ridículos. Tomó por esta razon un rumbo del todo contrario, y se esplicaba con claridad y sencillez; y fingiéndose inspirado y favorecido de los Dioses, usaba de un tono decisivo, y de un ayre de autoridad tan eficaz que con un solo gèsto y algunas palabras por escrito calmaba las sediciones. Recorrió las principales ciudades del Imperio, especialmente las del Asia menor y la Acaya. Enviábanle diputados de todas partes pidiéndole su amistad y sus consejos acerca del culto de los Dioses, y de la moral. Recibíanle con los mas extraordinarios

hombres; y los Arúspices y oráculos mas venerados le tributaban elogios. Apolonio llegó á Éfeso en los principios del reinado de Nerón, que habia sucedido á Claudio el año 54 de Jesucristo: allí declamaba con frecuencia contra el lujo y la deshonestidad, acreditando sus exhortaciones los espíritus malignos, porque con tan buenas apariencias alejaba á los hombres de la verdadera fe, sin la cual todas las demás virtudes solo sirven para ponernos en mayor riesgo en el negocio de la salvacion. Persuadía con mas ardor á los Efesios, que eran perezosos é indolentes apasionados por la música, por la danza, y por todo género de diversiones, á que dejasen aquella vida afeminada para entregarse de veras á la filosofía y á la virtud.

Vendíase Apolonio por amigo de los Dioses, y así necesitó hiciese ver que recibia de ellos favores extraordinarios. Un dia en que arengaba al pueblo cerca de un bosque donde habia muchos pájaros, llegó uno que dió un chillido agudo y extraño: todos los demás echaron al instante á volar y le siguieron, y Apolonio dijo á sus oyentes con un tono profético, que aquel pájaro, digno por su afecto á los de su especie, de servir de modelo á los hombres, venia á avisarles que en cierta calle, que nombró, se habia derramado un costal de trigo. Corrieron todos al sitio indicado, y encontraron á los pájaros comiendo, por cuyo hecho creyó el vulgo, que Apolonio entendia el lenguaje de aquellos animales: pero los hombres de juicio callaron, ó si hablaron, sus reflexiones no fueron oidas.

Aseguró tambien que habia librado á los Efesios de una peste que los desolaba. Congregados un dia en el templo de Hércules vieron allí á un pobre viejo que pedia limosna: „esterminad á ese enemigo de los Dioses, dijo el impostor cruel, y sepultadle con su impiedad bajo una nube de piedras.” Obedeciéronle todos con un furor ciego, y el infeliz mendigo acometido por tantas manos quedó en un instante cubierto de una montaña de piedras. Desenterrad el cadaver, les dijo Apolonio despues de un breve intervalo, y vereis quien es la víctima que habeis inmolado. Hiciéronlo así y hallaron que era un gran perro. Quedó el pueblo plenamente persuadido de que aquel animal era un genio maligno, y reflexionando muy poco sobre el estado de la calamidad de que se le habia prometido libertarle, solo se ocupó en examinar el modo con que se le dió á conocer el autor de ella. Era muy fácil en un concurso tan numeroso valerse de la impostura, y es mas verosímil creer, que al tiempo que removian las piedras hizo Apolonio introducir allí el perro muerto, que no que el demonio por acreditar al adivino fascinase con un fantasma á aquella gente crédula.

Pasó el filósofo á la Grecia desde las costas de Jonia, ó desde las márgenes orientales del Asia menor, donde quiso persuadir que Aquiles se le habia aparecido en las ruinas de Troya, y que le reveló muchos de los misterios contenidos en la Ilíada. En Atenas no consiguió tanto crédito como en otras ciudades, pues un Sacerdote le trató de mágico, acu-

sándole de que tenía comercio con los genios malignos; pero sin embargo, lo que aconteció á un jóven que se burlaba de sus supersticiones, le concilió el respeto de algunos Atenienses. Dió súbitos señales de estar poseido del diablo: mandóle Apolonio que saliese de aquel cuerpo y derribase cierta estátua, para dar á conocer que obedecía; lo que probaria que el seductor tenía trato con los espíritus infernales, y que se entendia con ellos, así para entrar como para salir de los cuerpos. Pero ¿cuánta diferencia hay entre estos pretendidos milagros y los de los discípulos del Hijo de Dios, enemigos de todo punto de los malignos espíritus y de su culto idolátrico, y por consiguiente incapaces de tener con ellos ninguna inteligencia?

Mas ¿quién garantizará la verdad de los hechos referidos en la historia de Apolonio? Escribióla primeramente Damis de Nínive, compañero suyo en sus viajes de Oriente, y uno de aquellos aventureros de quien se burla Luciano, indignos del menor crédito y aprecio. Esta historia se perdió, y solo tenemos la del sofista Filóstrato escrita cerca de cien años despues, solo por rumores populares y con el fin de adular á la Emperatriz Julia muger de Severo, perseguidor ardiente, y ella enemiga declarada del Cristianismo. Pero sea lo que fuese, el profeta del Paganismo no pudo hacer frente al Apóstol de Jesucristo en el mismo tiempo y en las mismas provincias. Permanece la obra de Dios que promovía San Pablo despues de diez y ocho siglos, y los prestigios de

Apolonio y aun la memoria de su nombre no pudieron durar ni aun el corto espacio de doscientos años.

El Apóstol estaba á esta sazón en Macedonia quando recibió de Corinto las noticias que esperaba con impaciencia, despues de haber escrito su primera epístola. Tito su discípulo, que fue el portador, le notició que su carta habia producido el mejor efecto; que los Corintios amaban cada dia mas el nombre de Pablo; que la mayor parte de los fieles deseaba con ardor su llegada; que habian puesto remedio á las disensiones y escándalos de su Iglesia, y que derramaron muchas lágrimas por la afliccion de su Pastor y de su padre. Añadió que no obstante estaban manchados todavía con muchos defectos, por la insuficiencia ó contrariedad de conducta de los doctores; que algunos ánimos turbulentos y envidiosos mas capaces de criticar que de refutar su doctrina, la suponian malignamente opuesta á la de los otros Apóstoles, y que para inutilizar el fruto de sus escritos, no se avergonzaban de hacer un paralelo injurioso entre la dignidad que respiraban y lo que su aversion particular veía de humilde en su persona.

84. Al ver el Apóstol que no habia producido la primera epístola á los Corintios su total correccion, les escribió la segunda (*) fundándose en la relacion que le habia hecho Tito. Dimana de aquí la diversidad de estilo de esta segunda carta, ya vivo y fuer-

(*) Esta carta fue escrita desde Macedonia, como un año despues de la anterior, y enviada por manos de Tito y de Lucas á los fieles de Corinto.

te y aun terrible y fulminante algunas veces, y ya tierno, compasivo y lleno de condescendencia y suavidad; pero siempre el escritor Apostólico reprende con dignidad y exhorta sin bajeza y sostiene admirablemente sus dos caracteres de Padre y de Maestro. Empleó la indulgencia, en virtud de su potestad de ligar y desatar con aquel pecador incestuoso, á quien habia escomulgado. Convirtiósese este hombre sinceramente, y su dolor y arrepentimiento fueron tan grandes, que corria peligro de precipitarse en la desesperacion. Miró el sabio Pastor la severidad en tales circunstancias como un escollo peligroso, contrario á la institucion de las penitencias egemplares, que al mismo tiempo que humillan al pecador, deben dirigirse á su propia utilidad y al bien de la Iglesia.

Vuelve el Apóstol á tratar del grande objeto de su primera carta despues de este reglamento particular, para que respetasen su ministerio á fin de que fuese útil, sosteniéndole dignamente contra los falsos profetas, y contra una turba de ministros envidiosos y soberbios. No cesaban de declamar contra el Doctor de las naciones estos doctores Judíos de origen; por esto observamos que emplea en su defensa todas las razones capaces de humillar el orgullo presuntuoso y las altaneras ideas del Judaismo. Pero cuando habla de sus revelaciones y raptos muestra sinceramente quanto repugna á su modestia; calla su nombre, y solo se detiene en probar que habiéndole instruido el Señor por sí mismo, su ciencia y su autoridad en nada eran inferiores á las de los primeros

Apóstoles. Pero al tratar de los tormentos y humillaciones que habia padecido por Cristo se deja poseer del ardor del fuego divino que le devoraba. Nos refiere en esta carta á mas de lo que leemos de sus trabajos en las actas de los Apóstoles, que fue otras muchas veces cargado de cadenas y en riesgo de perder la vida; que los Judíos le azotaron cinco veces, y otras tres con varas los egecutores de los Magistrados Romanos; que le apedreó un pueblo furioso; que sufrió tres naufragios; y en una palabra que venciós tormentos y peligros innumerables en las ciudades y en los caminos, en el mar y en la tierra, de parte de los ladrones y falsos hermanos, y de los Judíos y Gentiles.

Recomienda especialmente á los portadores de su carta en cuanto al artículo de la recoleccion de las limosnas, que estuviesen prontos para el punto de su llegada á Corinto. San Lucas y Tito eran estos comisionados; el primero célebre en todas partes por la publicacion de su Evangelio, y el segundo conocido ya y estimado de los Corintios. Recibiéronlos como merecian, y tanto por sus exhortaciones como por el irresistible atractivo de la carta que llevaban, á cuya elocuencia nadie podia negarse, todos los corazones se arrebataron hácia San Pablo, y volvieron á entrar en el camino de la perfeccion, que era lo único que anhelaba el Apóstol. Trabajaron vivamente para acelerar su llegada en la coleccion de las limosnas, y luego que le comunicaron tan agradables nuevas, se puso en camino para la Acaya, cuya capital era Co-

rinto, donde llegó á principios del invierno, y permaneció allí algunos meses, á fin de consolar á sus hijos en Cristo, y tambien para poner la última mano en el restablecimiento del buen orden y disciplina. Gran parte de este tiempo le consumió en el cuidado de las otras Iglesias, pues se creía por su ministerio deador de sus oficios á todas las naciones, y en especial á los Romanos. A este pueblo ilustre y belicoso pensaba San Pablo conquistar enteramente para Jesucristo por su nobleza y elevado celo, á pesar de las enfermedades que le aquejaban y de la debilidad que sentia á los cincuenta años. Habíase aprovechado Aquila con algunos de sus amigos ó discípulos de la coyuntura favorable que se presentaba despues de la muerte de Claudio para volver á establecerse en Roma. Supo San Pablo por su medio el estado de la Religion en la capital del Imperio, donde ya vimos que el Príncipe de los Apóstoles habia predicado anteriormente el Evangelio. En esta Iglesia, como en todas partes, los hijos de Jacob eran opuestos á los Gentiles, pero estos en aquel primer teatro de la Gentilidad afectaban la primacia sobre los Israelitas. Despreciaban á la Sinagoga, desvanecidos con la filosofía y con las virtudes que esta les enseñaba, echándola en rostro haber desconocido al Redentor, aunque era depositaria de la ley y de las profecías. Indignaba esto en extremo á los Hebreos, elegidos por el Señor entre todos los pueblos de la tierra, y avezados á creer que eran de una masa mas noble y mas digna de recibir las bondades del cielo. Confundien-

do siempre los Israelitas el orgullo nacional con el interés de la ley, opinaban que una multitud de observancias puramente exteriores, conferia el mérito de distinguirlos de todos los demás hombres, y de conseguir la gracia del Deseado de las naciones.

85. Consideró el Apóstol como un punto muy esencial de su ministerio instruir sobre esto en la verdadera doctrina á los Judíos y á los Gentiles, que es el fin que se propuso en la epístola que escribió desde Corinto á los Romanos, por medio de un notario latino llamado Tercio (*). Persuadido que la humildad es la basa del Cristianismo, principia su carta humillando á los dos pueblos. Pone para esto á los ojos de los Gentiles la vanidad y detestable cobardía de sus filósofos, que habiendo conocido al verdadero Dios no osaron adorarle públicamente; motivo por el que, dice, los abandonó á la corrupcion de sus corazones, de modo que cayeron en todo género de vicios, y especialmente en las mas infames disoluciones. No le pareció necesario probar estos hechos porque fueron bien notorios en Roma en el infeliz reinado de Nerón. Mas aun dado caso que esto no fuese así, sigue el Apóstol, carecian los Gentiles de derecho para despreciar á los Israelitas, pues aun-

(*) Aunque esta carta no es la primera que escribió el Apóstol, se halla siempre en primer lugar en el orden que sigue la vulgata, tal vez por la sublimidad de los misterios que comprende, ó por la preeminencia de la Iglesia de Roma, á quien va dirigida. Escribióla San Pablo en Corinto el año 58 de Cristo, cuando iba á llevar las limosnas de la Acaya á Jerusalén.

que la mayor parte de esta nacion tan favorecida del cielo en otro tiempo, haya decaido de su dichoso estado, Dios se apiadará de sus reliquias en los últimos siglos, y todos los hijos de Jacob que entonces existan se convertirán al Señor.

Tampoco este pueblo, añade el Apóstol, tiene motivo para elevarse sobre las demás naciones, no habiéndose aprovechado de los beneficios divinos que se le comunicaron gratuitamente. Nunca mereceria, con las observancias legales, la gracia de la vocacion, y mucho menos la de la justificacion, aunque hubiese correspondido á estos favores; pues si así fuese, no seria ya gracia sino justa recompensa: y aquí es donde principalmente nos instruimos del misterio profundo y terrible de la predestinacion. El Apóstol, despues de haber explicado los principios de la humanidad y de toda la justicia cristiana, instruido inmediatamente por Jesucristo, se detiene y esclama asombrado: „¡ó profundidad de la sabiduría del Señor! ¡Y quién de nosotros no temerá verse aniquilado con el peso de la gloria divina, si queremos penetrar lo que los mismos ángeles no comprenden, ó fomentamos con ello el espíritu de disputa, de rivalidad y de presuncion!“ Suministra una instruccion completa así á los Griegos como á los Romanos esta carta llena de elevada y sólida doctrina, sin ingerirse en investigaciones curiosas.

Saluda el Apóstol en la conclusion á Prisca ó Priscila, y á su marido Aquila, cuya casa era punto de reunion de los fieles de la Iglesia Romana, así como

en Corinto se congregaban en la de Cayo que hospedaba á San Pablo. Menciona tambien á Herodion su pariente, á Hermas, autor del famoso libro del Pastor, y á otras muchas personas cuyos nombres son Griegos, y á las cuales pudo conocer en Grecia y en Asia. Tampoco olvida la casa de Narciso, célebre liberto del Emperador Claudio, y muy privado suyo, y concluye con las saluciones de Timoteo, Lucio, Jason y Sosipatro. No es otro que el Evangelista San Lucas este Lucio, á quien San Pablo llama su pariente, cuyo nombre latiniza porque escribia á los Romanos. Muestra el gran número de parientes que el Apóstol nos da á conocer en sus cartas la sensibilidad y bondad natural de su corazon, no menos que el copioso fruto que habia logrado en la conversion de los de su sangre.

Pasa esta epístola á los Romanos por una de las obras de la Escritura mas difíciles de explicar; pero si se penetra y reflexiona bien su principal objeto, segun lo hemos indicado, se desvanecerá la mayor parte de las dificultades.

86. Escribió tambien San Pablo por este tiempo su epístola á los fieles de Galacia (*), todos piadosos y de una rectitud admirable; pero tan sencillos que

(*) Se ignora el tiempo fijo en que fue escrita esta carta. La mayor parte de los intérpretes piensan que la escribió el Apóstol hácia el año 55 de la Era vulgar. En cuanto al lugar de su fecha los Latinos señalan á Éfeso, y los Griegos á Roma. San Juan Crisóstomo sigue el parecer de los Latinos. Véase su prólogo á la carta á los Romanos.

déspués de siglos enteros que vivian en medio de unos pueblos astutos, manifestaban descender de los Galos. Por lo cual se dejaron engañar fácilmente de algunos aduladores medio judíos y medio cristianos, que en sus cismáticas misiones trabajaban menos por la gloria de Jesucristo, que por la ley ceremonial, cuya necesidad predicaban. He aquí lo que debe tenerse presente para penetrar el espíritu de la epístola á los Gálatas; pues sin esta observacion pareciera su estilo imperioso y no muy conforme á la modestia Apostólica. Exalta la gloria de su Apostolado en ella mas que en parte alguna, y todo lo que puede acreditar sus obras y su ministerio; sobre lo cual se esplica con una autoridad y una vehemencia extraordinaria, y llega hasta referir lo que le habia pasado algunos años antes, cuando impidió á Cefas que apoyase las preocupaciones de los fieles circuncisos. Mas como el Apóstol no usa de este lenguaje para su propia gloria, sino solamente con el fin recto de establecer la verdad de su Apostolado, y la certeza de su doctrina, que los judaizantes procuraban desacreditar en el concepto de los Gálatas, juntamente se abate á sí mismo; y sabedor de que en esta materia las espresiones generales prueban muy poco, no solo dice que es el menor y último de todos los Apóstoles, sino que se esfuerza en manifestarlo, refiriendo lo que fue antes de convertirse, y el furor con que habia perseguido la Iglesia de Dios. La sobrada sencillez de los fieles de Galacia era muy á propósito para adoptar la doctrina de los Cris-

tianos judaizantes, cuyo sutil orgullo injuriaba á la Cruz de Jesucristo, atribuyendo la esperanza de la salvacion tanto á los esfuerzos de la naturaleza, como á la observancia de la ley de Moisés. Pero estas perjudiciales sutilezas, favoreciendo en la práctica las disimulaciones del respeto humano, venian á ser contagiosas para todo el mundo; pues por este medio se substraían los Cristianos á las persecuciones de los Paganos, confundiéndose con los Judíos generalmente tolerados; y esto es lo que animaba al Apóstol á combatirlos siempre con todas sus fuerzas.

Arregladas todas las cosas en las Iglesias de la Grecia, y convencido de que para gobernarlas bastaban los ministros ordinarios, se puso en camino á llevar las limosnas que habia reunido para los fieles de Palestina. Y siendo en toda su conducta el modelo perfecto que debian imitar los ministros Evangélicos, quiso tener por testigos de su integridad, y como depositarios á los diputados de las Iglesias que mas se habian señalado en sus piadosas liberalidades (1). Tales fueron Sópatro por la de Beréa, Aristarco y Segundo por Tesalónica, Gayo por Derbe, Timoteo (distinto del discípulo que dejó en Éfeso), Tiquico y Trófimo por la Asia proconsular, cuya capital era Éfeso.

Descubrió en el momento de embarcarse que los Judíos tenian concertado el asesinarle; por lo cual dejó que se adelantaran sus compañeros, con orden de que le esperasen en Troade, y quedándose solo

(1) *Act. Apost. cap. 20. v. 3. y sig.*